

# EL GENERO HISTORIOGRAFICO

## Y SU LOGICA CLASIFICACION (1)

Por ROMULO D. CARBIA

En la historia de la historiografía, es fácil advertir, sin la exigencia de llegar al esfuerzo, dos grandes núcleos que polarizan todo el haber del género: la producción espontánea, y por ello mismo simplista, y la dogmatizada que a causa de ello también, debe ser por fuerza parsimoniosa y grave. Al primer grupo pertenece todo cuanto se ha escrito sin otro motivo que el de recordar — ¡Cualquiera tiempo pasado fué mejor! (2) — y que obedeciendo a directivas genuinas del espíritu humano, es, por esencia, cosa de entretenimiento y de deleite. Hasta su forma pristina así nos lo revela, desde que fué en versos y a veces para las gentes que

(1) Fragmento de un libro en prensa titulado: *La crónica oficial de las Indias Occidentales*.

(2) Reputo que no debe tenerse por exceso inútil o pedantesco, una breve disquisición sobre lo que expresa el recordado verso de Jorge Manrique. Y por que tal cosa creo, me empeño en la exposición que sigue.

Es de conocimiento escolar que el poeta de las Coplas, escribió la composición en la que va contenido lo transcrito arriba, en la angustia que le produjera la muerte de su padre. Por eso, pues, resulta visible que refleja algo simplísimo que viene de una síma muy honda del espíritu. Diríase que el vate estuvo tocado por el mismo soplo inspirador que dictara aquella sentencia incomparable, por lo que tiene de evidencia rotunda, que el *Eclesiastés* (I, 2) sintetiza exclamando *vanidad de vanidades*.

En ello finca, a decir verdad, la opinión aceptable de que puede considerarse un apotegma éste como lamento del poeta. En efecto: los hombres de todos los tiempos, cuando, por cualquiera eventualidad, volvieron la vista a lo pretérito, fueron alcanzados por la aforanza de lo que ya no era. Y para su deleite recordaron. Por tal anhelo de exquisitez, yendo a cosas del tema presente, los historiadores románticos del siglo XIX moviéronse hacia el hipocréne de lo antiguo, que, como se recordará, los racionalistas predecesores suyos, habían cubierto de desprecio y asateado con impiedad incontenible. Evidencias semejantes a las que expresa Manrique, fueron, también, las que engendraron ciertas formas de la historiografía cuyo pragmatismo estaba denunciado en el propósito de que la crónica, al revelar cómo había sido el pasado, sirviera para rectificar la

se reunían con motivos rituales, cómo se compusieron las primitivas narraciones que debemos considerar historiográficas. (3). El segundo grupo lo forman los relatos que nacieron a impulso de una intención concreta, no hace al caso de qué índole. Y es de señalar, que así como en las producciones del primer conjunto, la conquista de la verdad sólo preocupa a partir de la creación de la historia propiamente tal, y a penas como una simple cuestión metodológica, en las del segundo a que quiero referirme, no acontece lo mismo. A la exactitud se la tiene aquí muy en cuenta: para afirmarla de modo categórico, o para huirla con propósito de hacerlo. La historiografía pragmática, según se echará de ver, cae, pues dentro de tal agrupación de obras literarias. La otra, por lógica, incluye las producciones de los poetas primitivos,

conducta del presente. En ese caso se hallan los anales de algunos pueblos primitivos y — como luego se verá — no pocas crónicas de los señores de Castilla. Recordar por el placer de gustar de nuevo lo mejor, como lo fué en el caso general, o hacer memoria de lo pretérito por anhelo de ceñir la conducta a las directivas pristinas de ella, como aconteció en las formas historiográficas a que he querido recientemente referirme: es, de cualquier modo, cosa que tiene una fuerza interior idéntica: el concepto de que lo ido resulta, a todas luces, superación del presente. Claro está que se trata aquí de cierta visión de las cosas, ante todo emotiva, y por ello sólo de condicional aceptación. Pero innegable resulta, que como quiera que fuere, tal modo de considerar la realidad ha sido común a todos los estados de la civilización, cosa que probaría lo auténticamente genuino que en nuestra naturaleza es el sentimiento de anhelar todo retorno del pretérito, como si ello constituyera la palmaria realización de cuanto más apetece en la vida. De ahí porque, en definitiva, deba reputarse, así como lo propongo en el texto, esa historiografía simplista que separo del conjunto de la que considero realmente pragmática y dogmatizada. La primera es, sin disputa, producto exclusivo del sentimiento, en tanto que la segunda lo es del cálculo y de la reflexión que siempre lo acompaña. Y aunque no fuese nada más que por eso, parece incuestionable que entre una y otra hay diferencias esenciales que legitiman tal separación.

(3) José Caveda en un trabajo titulado *La poesía considerada como elemento de la historia* (Academia española: "Discursos", tomo I, págs. 333 a 357) ha teorizado, a mi juicio con éxito, acerca de que "los cantos populares conservan la memoria de los héroes y de los acontecimientos", y ha puesto en evidencia que en España el romance fué siempre "la crónica de la muchedumbre". Como en el mismo trabajo se señala, tal concepto coincide con el de Argote de Molina, para quien "en la poesía popular española se halla encerrada toda la crónica de Castilla".

(4) Por vía de contribución a la obra de cimentar en suelo firme los fundamentos de cuanto expongo en el texto, me resuelvo a formular las recordaciones siguientes.

Croiset (*Historie de la littérature grecque*, II, 2a. edic. p. 544 y 545) ha hecho teoría acerca del significado de las voces: historiador y logógrafo, para llegar a la conclusión de que la primera difiere de la segunda en

de los logógrafos griegos y de los que cultivaron el género que creara Herodoto. (4). Advierto que, de propósito, me concreto al proceso de la cultura occidental, porque no hacerlo equivaldría a desnaturalizar la legitimidad de esta visión que ensayo. Y bien pues: desde el arranque originario con Tucídides, para quien el relato histórico debe cultivarse en razón de que es un verdadero instrumento de gobierno: la historiografía del segundo grupo que acabo de establecer, ha venido evolucionando hacia formas de finalidad concreta y utilitaria, en cuya fijación, lógicamente, han influido las necesidades de cada era y de cada cultura. He mentado a Tucídides y he fijado en su obra el punto de partida de la historiografía con pragmatismo político. Lo hice a sabiendas con sujeción a la veracidad histórica y para documentar el

cosa substancial. El término **logógrafo**, según tal modo de ver, sólo denuncia condición de escritor, en tanto que "istoricós" expresa, de conformidad con su etimología, la idea de hombre que investiga, que se informa por sí mismo de lo verdadero, y que realiza tareas como de encuesta. Y esto ocurre porque "istoria" significó, primitivamente, lo que ahora las palabras francesas **recherche** o **enquête**. Claro resulta, así, que sólo puede hablarse de historia en Grecia a partir de Herodoto, el cual, según es sabido, realizó aquellos empeños que denuncia la voz recordada. Ello, a pesar, como entre Herodoto y sus antecesores no hubo otra diferencia que la de lo que podríamos llamar el método historiográfico, salta a la vista — y de ahí el por qué de lo asentado en el texto — que es a partir de Tucídides desde donde arranca la historia cuya producción debe constituir el grupo aparte que ya tengo sindicado. Aunque sin usar un **modus operandi** idéntico, los logógrafos parecen con Herodoto y su escuela en la intención motora: saben de cosas del pretérito. Podría decirse que al primer historiador griego y a su séquito en el tiempo, les corresponde un agregado tipificador — el de que han tratado de conocer lo mejor que les resultara posible, — pero con el aditamento y todo, no es dable negar que se movieron dentro del campo cercado que les atribuyo. Tucídides, en cambio, llevó las cosas a más lejos. Trascendiendo los límites del simple conocer por conocer, ideó el uso de tales noticias en provecho del mejor gobernar, y proclamó el principio fuente del pragmatismo historiográfico.

El lo concretó a lo político de las esferas superiores, pero con el correr de la cultura, y después de pasar por la concepción de Jenofonte, que le agregó el moralismo propio de su ideología — que era la de un monarquista anti-democrático, — la historia pragmática alcanzó los últimos límites de esa universalización que tan claramente caracteriza la definición ciceronina: historia, **magistra vitae**. Todo esto delante, interesa establecer, para la finalidad que persigo, que en la corriente historiográfica cuyos orígenes quedan señalados, hubo distintas bifurcaciones, que muy a pesar de cualquier desmentido dado por las apariencias externas, no llegaron a modificar lo esencial de la tendencia. Esta marchaba hacia el bien gobernar, referido por unos a lo propio del Estado y por otros a lo individual de las personas, pero, considerado, siempre, como el único objetivo noble de toda recordación. Y la evidencia de esto es lo que escuda los entroncamientos y las filiaciones de fondo que, en las páginas que siguen, iré haciendo entre la historiografía clásica y la de los tiempos posteriores.

abolengo de la crónica oficial castellana, que, con el agregado de la cristianización a fondo del propósito, respondió, también, a una objetividad incuestionablemente análoga, y para dejar establecido, de igual modo, que la crónica mayor de las Indias, que constituye el tema central de mi trabajo, es simple rama nueva de un tronco añoso, cuyas raíces se hunden, bien a pique, en la entraña del tiempo.

Filiada, así, por su naturaleza intrínseca la crónica oficial castellana, y asentada la aserción de que en su origen y en su desarrollo, lo propio que en su posterior prolongación indiana, tal género de producción literaria nada tiene que hacer con las que, en el conjunto de la historiografía occidental, constituye el primer grupo que antes señalara, corresponde analizar sus características predominantes. Tal es lo que me propongo intentar en seguida.

**ROMULO D. CARBIA**